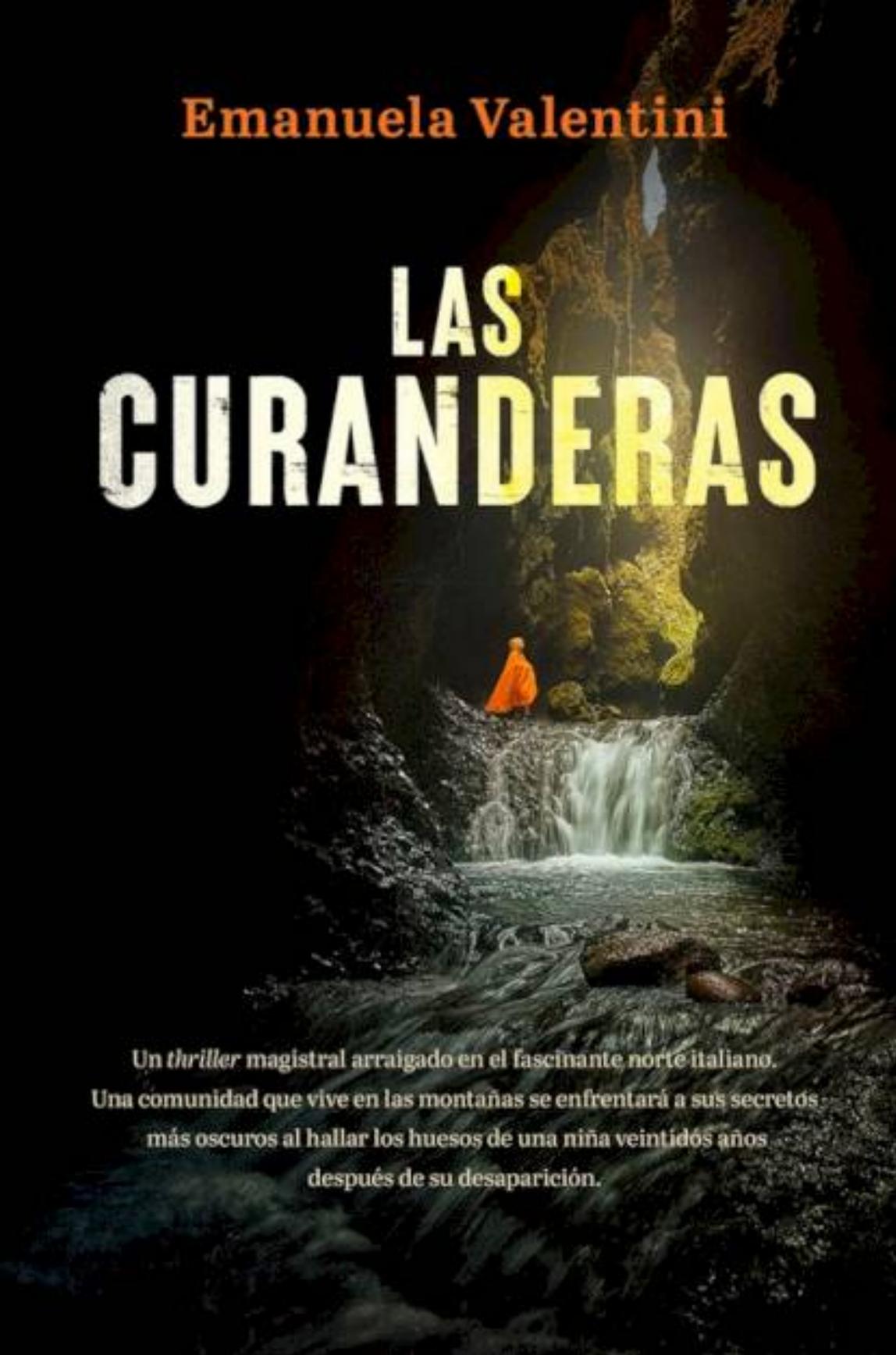


Emanuela Valentini

LAS CURANDERAS



Un *thriller* magistral arraigado en el fascinante norte italiano.
Una comunidad que vive en las montañas se enfrentará a sus secretos
más oscuros al hallar los huesos de una niña veintidós años
después de su desaparición.

Borgo Cardo, Montañas de Emilia-Romagna, 2019. La comunidad de un pequeño pueblo se reúne para lamentar la pérdida de una niña que estaba desaparecida y cuyos huesos fueron encontrados en el bosque, veintidós años después de su desaparición.

Para Sara Romani, de treinta y tres años, que no ha puesto un pie en el pueblo desde su infancia y ahora se ha convertido en una oncóloga quirúrgica exitosa, esta es una oportunidad peligrosa para volver a conectarse con un pasado del que escapó muchos años antes. Ahora, solo quiere olvidar el pequeño pueblo entre las montañas, pero de repente otra niña desaparece. Su nombre es Rebecca y es la última heredera de la antigua tradición de las curanderas.

Para Sara, una minuciosa mujer de ciencia, este es el comienzo de un descenso a un inframundo lleno de secretos enterrados, a través de calles, bosques y casas que había aprendido a borrar de su memoria.

¿Cuál es el oscuro misterio detrás de la tradición centenaria de las curanderas?

En una salvaje carrera contrarreloj para descubrir quién ha secuestrado a Rebecca y salvarla antes de que sea demasiado tarde, Sara debe aceptar una parte de sí misma que ha escondido a lo largo de los años, a riesgo de perderse en un laberinto sin salida.

Índice de contenido

Prólogo

Introducción

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Segunda parte

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Tercera parte

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Cuarta parte

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Agradecimientos

Sobre la autora

*Mi madre, Sandra: flores, hilo de colores,
energía vibrante, música y mermeladas. Me has
enseñado que todo es posible.*

*Mi hermano, Marco: un parpadeo luminoso en
la oscuridad, décadas de carcajadas como
serpentinadas. Has sido para mí una certeza
absoluta.*

*Scilla: hierba brillante de estrellas, un largo
vuelo mirándonos a los ojos, el infinito a cuatro
patas. Tú y yo somos una sola cosa. Para
siempre.*

Este libro es para vosotros.

Aceite de Jesucristo, detén esta sangre triste.
Aceite de mi farol esta triste sangre detén.

*Ti segno e ti incanto. Donne dei segni e
streghe nella tradizione dell'Appennino*

MARIO FERRAGUTTI

El amor nos condujo a una misma muerte.
El sitio de Caín espera al que nos quitó la vida.

Divina Comedia, Canto V, Infierno

3 de julio de 2019

–¿**Q**uiénes son las personas que aparecen en el dibujo?

–Las que he matado.

–Pero si solo tienes ocho años...

–Las maté cuando era mayor.

Julio de 1997

La lluvia es un sonido constante que llena el bosque. Cae recta entre las ramas de los robles haciendo sonar cada hoja, cada tronco, cada raíz. El sendero casi ha desaparecido en el torrente de barro que resbala hacia abajo, hacia el valle, hacia mi casa, hacia los callejones de piedra y los arcos, hasta la chimenea encendida, que resplandece.

La niña imagina a su abuela cocinando una tarta con los arándanos que han cogido juntas en el brezal, bajo el vuelo de los halcones, en un día de sol y prímulas.

Pero ahora no puede volver a casa.

Con el corazón galopando a un lado, sube por el sendero, concentrada en el único sonido que destaca en el antiguo y siempre idéntico fragor de la lluvia: una petición de auxilio, una minúscula llamada desesperada que el agua confunde, pero no llega a apagar.

En un gran tronco hueco ve una zorra ovillada alrededor de su cachorro. Sus ojos grandes de color ámbar la escrutan. Son enigmáticos, están llenos de una furia salvaje, pero ella sabe que ningún animal del bosque le hará daño esa tarde.

Los lobos duermen guarecidos en los lejanos pedregales, esperando la noche para salir a cazar en los prados altos, entre los picos. Los tímidos ciervos se han acurrucado bajo los rododendros en los castaños y las águilas no pueden verla bajo el tejado de frondas.

Se agarra a una rama baja para franquear unas raíces gruesas, la bota resbala y cae de rodillas en el barro. Las gotas mojan el impermeable amarillo y le surcan la cara y las manos.

Las manos. No debe herírselas, estropeárselas ni arañarlas: ahora son preciosas.

Leonilda, la viejecita con los ojos azules como rendijas de cielo que vive detrás de los heniles, en la linde del pueblo, le ha explicado cómo se detiene la sangre de una herida y ella lo ha grabado todo en su mente.

Las palabras y los signos que Leonilda le enseñó con paciencia y una leve sonrisa en el fondo de los ojos, como quien planta un árbol para hacer sombra a alguien que aún ha de nacer.

Su corazón es un cofre que contiene lo más valioso que puede existir en el mundo: la sabiduría para salvar a los que están mal.

Ríe con la boca llena de lluvia y aprieta el paso. El sonido ya no es tan apacible como hace unos minutos, sino agudo y preciso, próximo.

El gatito está en el centro de un claro, bajo un arbusto de genciana, mojado, desesperado, maúlla con fuerza y tiembla de frío y miedo.

La niña lo coge y lo mete entre los botones de su impermeable, al calor de su corazón y, a toda prisa, vuelve a bajar por el bosque y no se detiene hasta que no divisa las primeras casas de piedra, fundidas con la montaña, frías por fuera, pero cálidas y confortables por dentro, como un abrazo.

Se esconde en el gallinero. La burra duerme en la paja que ha calentado el sol de la mañana. Y en la paja suave deja el gatito que sangra.

«Te mordió la zorra, pero te defendiste», susurra secándolo con las mangas de la sudadera. Por fin, al sentir el calor, ronronea.

La niña sabe que es el momento más importante de su vida. Va a curar a alguien por primera vez y da igual si es una persona o un animal. Luego podrá decirle a su abuela y a sus amigos que es una curandera como Leonilda y las demás. Que sabe reconocer y expulsar el mal.

Se sienta procurando no cruzar las piernas y se quita la capucha de la frente. En el silencio que huele a estiércol

seco y a hierba cortada, a humo de leña y tierra, traza una circunferencia alrededor de la herida girando tres veces los dedos.

«Te marco y te hechizo. Sangre, permanece en ti».

Hace tres circunferencias más.

«Sangre, permanece en ti».

Tres circunferencias alrededor de la herida.

«Te marco, te hechizo y te ordeno que te detengas».

La burra está despierta y la mira con mansedumbre. Las manos acarician ahora el pelo gris. El gatito se ha quedado dormido.

La voz de la abuela le llega por la ventana que da al patio: la llaman el calor, la tarta, la mesa de madera, el pan y la mermelada.

La reñirá, porque está empapada. Da igual.

«Duerme. Más tarde te traeré leche y siempre estaremos juntos».

Regresa más tarde, protegiendo de la lluvia un pequeño cuenco de leche tibia. Camina despacio para no asustarlo. Lo único que quiere es acariciar su pelo suave y oírlo ronronear de nuevo.

Un trueno hace temblar las paredes de madera. Se acuclilla. La burra la mira y resopla. Varias moscas abandonan el montoncito de paja y se desperdigán por el aire cuando lo toca.

Las lágrimas llegan antes que la conciencia, resbalan empujadas por el miedo mientras acaricia la cabeza del gatito, doblada hacia un lado, y después el cuerpo, que opone una extraña resistencia, que ya no es blando ni ágil. Y, por primera vez, la niña siente la ausencia. La oscuridad hostil, el frío de la muerte.

De nada sirve estrecharlo contra su pecho. Ningún calor podrá despertarlo.

PRIMERA PARTE

1

28 de junio de 2019

Aparqué fuera del centro habitado, en la cuesta llena de recodos que llevaba a la plazoleta donde se erigía la iglesia. Después de tanto tiempo, había olvidado lo estrechos que eran los caminos, lo angostas que eran las calles por las que se llegaba hasta allí arriba, hasta el puñado de casas de piedra rodeadas de bosques, muros verdes que enmarcaban el paisaje.

El panorama era impresionante, pero, por alguna razón, me inquietó: por nada en el mundo me adentraría en la espesura impenetrable, surcada por las líneas ondulantes de los senderos. Sin embargo, cuando era pequeña pasaba los días en la soledad verde y azul del bosque.

No sabía hasta qué punto podía ser peligroso.

Nadie lo sabía.

Me quedé sentada en el coche con el móvil en la mano y las ventanillas subidas, a pesar de que en el habitáculo hacía calor, como si no quisiera que el aire del pueblo penetrara de nuevo en mi vida. Pero no iba a poder evitarlo, esta vez no.

Entre las notificaciones de las redes sociales intercepté el correo electrónico del director, que me invitaba a presidir la recogida de fondos para comprar nuevos instrumentos de diagnóstico, y varios mensajes de Emilia.

No respondí a nadie. En lugar de eso, seguí respirando lo más lentamente posible, mirando el perfil familiar de las chimeneas, que humeaban incluso en verano, y de los tejados amontonados y estrechos, como si se sostuvieran unos a otros para protegerse. ¿De qué?

¿De quién?

Miré el reloj. Faltaban diez minutos para el funeral: tenía que adaptarme pronto, lucir una sonrisa que pareciera lo menos angustiada posible y afrontar el asunto. Mastiqué una pastilla de Gaviscon contra la acidez de estómago e hice acopio de todas mis fuerzas: ¿qué era lo que decía siempre la profesora de yoga?

«El mundo solo es un espejo: refleja lo que somos. Se muestra tal y como nos mostramos».

No es buen momento para reflexionar sobre la manera en que me presento al mundo, ahora estoy aquí, así que debo comportarme como corresponde. Las cosas ya no pueden cambiar.

Esa última deducción me pesó más que el centenar que la mente me había propuesto durante el trayecto desde Bolonia; sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y no hice nada para refrenarlas.

Quizá no debería estar allí.

Huir de las situaciones difíciles es el consuelo de los cobardes. Justificarme frente a las derrotas y escapar ¿no era quizá lo que siempre había sabido hacer mejor?

Una vez más, llegué a mis oídos la voz de la profesora: «No seáis demasiado severos con vosotros mismos si no queréis que el resto del mundo lo sea».

Okey, basta. Lo he intentado.

Metí la llave y arranqué el motor. En ese momento alguien golpeó la ventanilla de la derecha. Al volverme me acogió una de las sonrisas más amargas que había visto en mi vida. Emilia no esperó a que me apease del coche, entró y me dio un fuerte abrazo. Apestaba a tabaco y alcohol como un viejo leñador y vestía unos vaqueros andrajosos, una camiseta debajo de una camisa de franela a cuadros que había conocido tiempos mejores, y unas zapatillas Converse de color rojo.

Había envejecido, como yo. Ella, sin embargo, se había descuidado. Me pregunté por qué se habría abandonado

así, pero luego aflojó el abrazo y me miró tratando de no perder la sonrisa.

Sus ojos negros, de forma vagamente oriental, seguían siendo los mismos. Aún brillaban como los había visto brillar infinidad de veces, a diferencia de los míos, que eran estrellas apagadas desde hacía siglos. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y junto a las orejas se veían algunas canas. No entendí si había engordado también, porque la ropa que llevaba era muy holgada y completamente deformada.

—Me preguntaba dónde te habrías metido, dado que no respondías a los mensajes, así que bajé hasta aquí... Sara. Qué alegría verte. —Cuando pronunció mi nombre las dos bajamos la mirada.

Nos apeamos rápidamente del coche y volvimos a abrazarnos. Ahora que estaba de pie delante de mí, entre mis brazos, la sentí tan huesuda y nerviosa como siempre.

—¿Cómo estás? Perdona que no te haya llamado en los últimos años, pero...

—Yo tampoco te llamé, Emilia. Estamos empatadas.

Caminamos juntas bajo el sol, en el aire fresco y puro de la cima, y los primeros olores fueron un puñetazo en el estómago: las brasas, el verde especiado que emanaba del bosque, el estiércol fresco de un burro a un lado de la calle.

—Te ibas a marchar, ¿verdad?

Emilia nunca había sabido andarse con rodeos.

—Sí, yo... Pensaba que hoy no debería estar aquí. Ni hoy ni nunca.

—¿Y quién se supone que debería estar? —Me miró de forma bastante elocuente. Hice amago de contestar, pero los brazos de la abuela Dada llegaron antes que las palabras.

A diferencia de mi mejor amiga de la infancia, olía a colada hecha con pedazos de jabón blanco, el de Marsella, el que, cuando era pequeña, me entretenía escamando

con el pelador de patatas. Olía también a lavanda, a tomillo y a otras cosas que no percibía cuando venía a verme a Bolonia o, al menos, no con tanta intensidad.

–Viéndote aquí, imagino que nevará –me dijo la abuela Dada, aunque con una sonrisa apagada–. Espero que te quedes hasta el domingo.

–Yo también –corroboró Emilia–. Tenemos que recuperar algo así como veintidós años.

Me vi obligada a decepcionarla.

–Me marchó esta noche, mañana estoy de turno. Pero ¿tú no vives en Parma? ¿Cuánto te vas a quedar? –pregunté a mi vez.

–Esto... –dijo ella esquivando mi mirada–, luego te cuento.

La plaza estaba abarrotada de gente dividida, más o menos, como recordaba. Dentro y delante del bar Sport estaban los ancianos y los que aún no lo eran, pero querían estar con los hombres. Los leñadores, los carpinteros, los pastores y los maridos.

En cambio, los tres peldaños que llevaban a la entrada de la pequeña iglesia habían sido invadidos por mujeres con las cabezas menudas, cubiertas por pañuelos negros, y en el centro de la explanada vagaba alguna familia joven con niños que, sin duda, venía de fuera.

Me pregunté dónde estarían los adolescentes, sabiendo de antemano la respuesta: en Borgo Cardo ya no había adolescentes, desde hacía bastante tiempo.

Puede que nosotros hubiéramos sido los últimos.

El hormiguelo de la desazón se adueñó enseguida de mí. ¿Era posible que todas las mujeres cubiertas de negro me estuvieran mirando? ¿Estaban cuchicheando sobre la nieta resucitada de Benedetta, la modista? Eché un rápido vistazo al bar y de allí me llegaron también miradas como alfileres prendidos bajo la piel por unas manos más hábiles que las mías, que cortaban y cosían seres humanos como oficio.